



ALGUNOS RELATOS SOBRE
COSAS INEXPLICABLES

Alejandro Flores

ALGUNOS RELATOS SOBRE
COSAS INEXPLICABLES



Primera edición: octubre de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Alejandro Flores

ISBN: 978-84-19439-68-0

ISBN digital: 978-84-19439-69-7

Depósito legal: M-24254-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Deseo dedicarle este librito a mi mujer, a quien amo
con toda el alma, a mis padres, a quienes se lo debo
todo y a mi familia y amigos, sin quienes la vida no
tendría ningún aliciente.*

EL POZO PRETÉRITO

Aquella inmensa mansión, de cuatro plantas, había sido propiedad de una acomodada familia escocesa durante los últimos cuatro siglos. Su árbol genealógico era un intrincado rosario de títulos nobiliarios.

La mansión había sido construida encima de las ruinas de un castillo, erigido en el siglo XIV, sobre la ladera empinada de una montaña que terminaba de la manera más abrupta, al borde de un gran acantilado. Tal era la intrepidez de aquella construcción, que algunos de los balcones orientados al norte flotaban sobre la nada, unidos al grueso muro de piedra que quedaba en línea con el abismo.

Toda su mampostería había sido asentada sobre los restos del abrasado castillo, adquiriendo nuevos y negros bloques de piedra, arrancados de las montañas cercanas.

Tenía innumerables tejadillos de pizarra, que culminaban en vértices agudos al más puro estilo gótico y rematados por antiguas veletas que chirriaban sobre sus ejes oxidados.

Los terrenos circundantes comprendían varios cientos de hectáreas, entre bosques densos y yermas colinas,

ricas en abundantes pastos donde los rebaños pacían a su antojo.

Solamente los toscos muros de piedra, que una vez hace siglos fueron levantados por el primer noble de aquellas tierras, servían de línea divisoria con los vecinos terratenientes.

La señorita Shelley Migdale había sido la última heredera de tan acaudalada familia. La última superviviente, como ella solía recordarnos, diciendo: «los Migdale morirán conmigo, que soy la portadora de un apellido que por fin conocerá su final».

Mi mujer y yo sentíamos verdadera lástima por aquella anciana, ya que había vivido en la soledad más absoluta durante la última parte de su vida. Nosotros habíamos sido el único nexo que la había mantenido en comunicación con el mundo exterior.

Aquel último verano, cuando nos enteramos de que la pobre señorita no sobreviviría al invierno, ella misma nos rogó que la cuidásemos hasta el final, que nos daría lo que fuera, pero que no permitiésemos que nadie la alejara de su hogar. Su deseo era vivir, lo poco que le restaba, en medio de aquellas colinas verdes que la habían visto crecer y su última voluntad era expirar con las ventanas abiertas, de par en par, recibiendo la brisa salada y marina, que remontaba el poderoso acantilado desde *Moray Firth*.

Como toda decisión en la cual están enfrentados los sentimientos y la razón, pasó mucho tiempo hasta que fueron evaluados todos los pros y los contras.

María, mi mujer, fue presa de sus emociones desde el mismo momento en que escuchó la súplica de la anciana. Yo también había sentido una profunda emoción al escuchar su voz, temblorosa y débil, pero estaba empeñado en adoptar una postura más práctica. Por eso, durante los días siguientes, traté de razonar con María basándome en lo que yo creía que era mejor para los dos, cuidándome bien de no herir sus sentimientos.

—Cariño, vivimos a más de un millar de kilómetros, Escocia solo existe para nosotros durante el mes de verano —le decía— de sobra sabes que si no fuera porque tenemos obligaciones, ni por un momento dudaría en quedarme a cuidar de la pobre señorita Shelley, pero méditalo con calma... tú y yo tenemos responsabilidades que atender, la situación económica no es tan boyante como en otras épocas, el trabajo escasea y no podemos abandonar nuestros empleos así como así.

Una y otra vez repetía las mismas frases y una y otra vez mi mujer asentía, tratando de lucir una sonrisa que lentamente se iba transformando en un llanto, amargo y silencioso. Tal era la lástima que experimentaba y tan fuertes sus emociones, que en ocasiones, cuando me disponía a entrar en la habitación donde nuestra querida ancianita nos permitía alojarnos, me la encontraba con el rostro hundido entre las manos... sollozando.

Una fría tarde, mientras estábamos los dos asomados en el balcón, con las miradas perdidas en el lejano y gris horizonte, María me desveló la verdad de todo el nebuloso asunto que envolvía a la señorita Shelley.

Cuando comenzó a hablar estaba más bonita que nunca: tenía la cabeza ladeada contra el frío viento del norte, el cual encrespaba sus cabellos con el mismo ímpetu que arrastraba a las olas del mar, estrellándolas contra el acantilado que teníamos debajo.

—Ray, ella nos quiere como a sus hijos —susurró distraídamente.

—Amor mío, por favor, no hables ahora de otro asunto que no tenga que ver con nosotros. Quiero disfrutar de este momento contigo, a solas —la interrumpí.

—No... No es lo que tú crees. Es sobre algo que la señorita Shelley me ha dicho esta mañana, mientras yo hacía su cama y le pasaba el calentador por el colchón. Además, como te dije desde un principio, respetaré tu decisión aunque no esté de acuerdo.

Aquellas palabras fueron acompañadas de tanta dulzura y cariño, que abracé a mi mujer y la besé en la frente. Ella continuó:

—La he sentado en el butacón de su dormitorio y me ha dicho que se muere —una lágrima comenzó a resbalar por su mejilla—. Me ha puesto la mano sobre el hombro y me ha obligado a prometerle que no le llevaría la contraria en nada de lo que dijera a continuación. Como puedes figurarte, he accedido, sin imaginar siquiera lo que me iba a proponer.

Los ojos desorbitados de María me hicieron temer lo peor.

—Textualmente, más o menos ha dicho: «durante siete años seguidos habéis venido a visitarme. Habéis

preferido pasar vuestro mes de asueto con una triste anciana, en un país frío e inhóspito, antes que disfrutar en otro lugar. Para mí, habéis mostrado un altruismo tan grande y desinteresado por una persona a la cual no conocíais de nada, que mi corazón está en deuda como lo estaría para con un familiar... bueno, quizás más aún, porque habéis hecho todo el bien del mundo para con una anciana que ni siquiera comparte lazos de sangre con vosotros» —María me miró con un brillo febril en los ojos. La tranquilicé acariciándole el mentón y continuó—: Creyendo que ella solo trataba de darme las gracias por nuestra amistad, quise interrumpirla para decirle que lo hemos hecho con todo el gusto del mundo y que estamos orgullosos de haberla hecho feliz durante el tiempo que hemos compartido con ella, pero... ¿sabes qué?

Negué con la cabeza, cada vez más intrigado.

—Ella me ha puesto una mano sobre la boca y ha dicho: «Por todo ello y porque os quiero como a los hijos que nunca he tenido, deseo legaros, en testamento, toda la herencia que mis descendientes hubieran recibido: quiero que el caserón sea vuestro, las tierras que lo rodean, la fortuna de la familia, su heráldica y todos los bienes que tengo, sin excepción...».

Sin darme cuenta, abrí la boca de una forma tan estúpida que María me la volvió a cerrar. Tenía una gran sonrisa dibujada en el rostro.

El viento aulló a nuestro alrededor. Las olas seguían estrellándose contra la base del acantilado.

—Pero... ¿estás segura? ¿No te lo habrá dicho en un acceso de locura? quizás la fiebre...

—No. Estaba más lúcida que nunca, es más, me ha enseñado el testamento que ha preparado. Me lo ha dejado para que le comuniquemos nuestra decisión final, antes de avisar al notario. El documento está sobre la mesa y en él figuran nuestros nombres, por si quieres comprobarlo —y señaló un rollo de papel que se movía rítmicamente, al son de las ráfagas de aire que se colaban a través de la ventana abierta.

¿Cómo puedo definir el estado de ánimo que siguió a la noticia?... en tan solo unos días pasaríamos de simples veraneantes, que por casualidad habíamos contactado con la señorita Shelley siete años atrás, a archimillonarios, dueños de las tierras que se extendían más allá de lo que la vista alcanzaba. Sonreí sin poder evitarlo y luego sentí cómo me quitaban un inmenso peso muerto de la espalda. Nos besamos y nos abrazamos hasta la noche.

Como era de esperar, toda nuestra realidad se transformó por completo. Esta sufrió mutaciones y se alteró a través de un periodo de tiempo que todavía se me antoja como un sueño.

Durante varias semanas estuvimos atareados: vendiendo el piso que teníamos en Madrid, haciendo mil trámites ante notarios, comunicándonos con la familia y, cómo no, despidiéndonos con mucho gusto de nuestros trabajos... Siendo dos de las personas más ricas de toda Escocia, ¿quién hubiera estado ocho horas diarias delante de un monitor, con la espalda arqueada, soportando las

estupideces de un encargado? Desde luego yo no. Así que organizamos la mudanza lo mejor que pudimos, trajimos nuestras posesiones más preciadas y nos acomodamos en la mansión.

Lamentablemente, mientras todo esto sucedía, la salud de Shelley empeoró. Si el médico tenía que venir a nuestra casa una vez al mes, con el paso del tiempo tuvo que doblar, triplicar, e incluso cuadruplicar sus visitas. Mi mujer y yo sabíamos que en cualquier momento la íbamos a perder.

El instante fatal no se hizo esperar y el día 12 del mes de noviembre, Shelley falleció.

Lo único bueno de su muerte, si es que en la muerte existe algo positivo, fue la manera en que se marchó: sucedió durante la noche, sin dolor, sin consciencia. Cuando María fue por la mañana a darle el desayuno y los medicamentos, Shelley ya no estaba con nosotros.

El entierro se llevó a cabo en un pequeño cementerio situado a las afueras de Ellie, un pueblecito de pescadores. Allí, la familia entera de Shelley ya había sido enterrada en diferentes mausoleos.

Durante la ceremonia lloramos mucho. Para nosotros, más que una desconocida, había sido una entrañable abuelita que nos acogía todos los veranos, en el fuego de su hogar, para contarnos historias asombrosas de épocas olvidadas.

Cuando regresamos del entierro, silenciosos, María decidió subir al dormitorio para descansar un poco. Había sufrido mucha ansiedad durante las últimas etapas de

la enfermedad de Shelley. En cuanto sus pasos dejaron de crujir sobre los escalones que daban a las plantas superiores, yo me dirigí hacia uno de los salones de la planta baja. Allí, levanté la persiana y me senté en el mullido sofá de piel que había frente al ventanal.

Aquella parte del caserón me tenía enamorado: un pequeño salón cuyas paredes estaban recubiertas de tela antigua, rodeado de estanterías, atestadas de polvorientos y crujientes libros.

El lugar ejercía un poderoso influjo sobre mí, porque en él había encontrado un agradable rincón donde leer, abstraído de la monotonía mundanal, al cálido rumor de la lumbre. Aquella poderosa razón ya bastaba, por sí sola, para mantenerme hechizado; no obstante, todavía existía otro motivo mucho más fuerte: El gran ventanal que daba al acantilado.

Desde el día que lo descubrí, descorrí las cortinas y levanté la persiana, me sentaba enfrente de él para contemplar el mar tempestuoso que parecía abarcarlo todo, excepto una estrecha franja de costa que se perfilaba hacia la izquierda. Allí, solo o en compañía de mi mujer, había pasado la mayor parte de las tardes, ya fuera dormitando o charlando con la señorita Shelley.

Aquella tarde en particular lloré como no lo había hecho en mucho tiempo atrás. La pobre mujer ya no existía, y al partir, ella se había llevado consigo una parte muy entrañable de nuestras vidas. Además me atenazó un extraño vértigo debido a la vida que habíamos elegido. Me sentí desconsolado.

Cuando mi esposa se despertó del profundo sueño, se deslizó en silencio hasta el salón, cerró la puerta tras de sí y se sentó a mi lado. Le pasé el brazo sobre los hombros y me arrimé a ella. Los minutos se esfumaron sin que ninguno de los dos dijéramos nada, hasta que una horrible tormenta, que en la lejanía empezaba a formarse, comenzó a rugir con violencia.

Aún detrás del grueso ventanal, podíamos escuchar el aullante viento que se arremolinaba en torno a la mansión. María me miró con ojos de infinito amor y dijo:

—Lo único bueno en la vida es que tras la tormenta, siempre viene la calma.

—¿Te refieres a esa calma que se aproxima? —respondí sonriendo, señalando al horrible cúmulo de nubes que se acercaba.

En aquel momento, un gran relámpago cruzó el cielo ramificándose en cientos de culebrillas a su paso. María dio un pequeño respingo.

—Al menos, siempre tendremos el recuerdo de nuestra abuelita cuando nos sentemos aquí, ante el ventanal. Cada vez que encendamos la lumbre en la chimenea o cuando paseemos por sus... ¡nuestras tierras!

Aquella equivocación fortuita hizo que nuestras miradas se encontrasen. Pienso que por aquel entonces, aún ninguno de los dos podíamos creer que todo aquello fuera nuestro y el hecho de recordarlo, ocasionó una mezcla de emociones contradictorias que desembocó en una intensa explosión de amor, que se prolongó hasta que la penumbra se apoderó de la habitación, instante en el que subimos a dormir.

Aquella noche, los truenos fueron tantos y tan terribles que no pude conciliar el sueño. Después de frotarme los ojos con fuerza me volví hacia mi mujer. Ella dormía plácidamente, con una sonrisilla infantil en el rostro. Definitivamente, el agotamiento producido por los días en los que Shelley atravesó el último estadio de su enfermedad, había minado su estado físico y emocional, hasta agotarla. La miré con cariño y cubrí sus hombros con la sábana.

Irritado y sin saber muy bien qué hacer, me puse un albornoz y salí de la habitación.

Afuera, un largo pasillo flanqueado por puertas a un lado y ventanales apuntados al otro, fue repentinamente iluminado por algunos relámpagos que, como saetas celestes, atravesaban el cielo. Me asomé por una de las ventanas.

Aquí y allá, algunas olas colosales se levantaban para poco después estrellarse contra los pilares pétreos de la Madre Tierra. Me sentí dichoso por estar dentro del edificio, protegido de aquel líquido negro y furioso que amenazaba con engullir hasta la mismísima costa.

Mi imaginación le insufló vida a aquel mar nocturno, como si de un gigantesco organismo dotado de seudópodos se tratase. Lo visualicé con tal realismo que en cuanto mi ventana mental reveló sus múltiples ojillos, rojos y furiosos, corrí como un niño asustado en dirección a la planta baja.

Con un suave chasquido cerré la puerta detrás de mí y encendí la luz de un flexo. Al fondo estaba el gran venta-

nal, que permitía ver el furioso monstruo que mi mente había creado. Corrí las cortinas de encaje y las até entre sí. Ahora, solo sentía la furia de la tormenta por medio de repentinos destellos de luz eléctrica y por el violento rugido que los secundaba. En mi salón de estar favorito estaba seguro.

Me senté en el sofá y eché una mirada por los alrededores. La claridad de aquella bombilla alumbraba las estanterías muy pobremente. Entre medias de las formas que quedaban delimitadas por la luz y la sombra, creí atisbar un grupo de hojas amarillentas.

Intrigado, me levanté y extendí la mano para recoger aquellos pliegos de papel quebradizo. Después los acerqué a la luz para examinar su contenido.

Los tres primeros documentos, eran facturas de finales del siglo XIX que llamaron poderosamente mi atención; no obstante, los otros dos manuscritos terminaron captando todo mi interés hasta el grado de abandonar las facturas como si de publicidad se tratase. Uno de ellos era un plano del caserón y el otro una historia breve del edificio.

La crónica, a simple vista, me pareció que había sido muy influenciada por las leyendas de la zona, pero me resultó de lo más entretenida. El texto, más o menos, se refería en los siguientes términos: «En la escarpada ladera de *GiantLantern*, tierra de hombres fornidos, descendientes de los gigantes de las tierras altas de Escocia, Lord *Umber* de *Migdale*, levantó el castillo del clan *Migdale*. Lord *Umber*, favorecido por S. M. Roberto el Bruce,

gracias al inestimable apoyo prestado durante la batalla de Bannockburn, en favor de nuestra patria contra los invasores ingleses, recibió las tierras que hoy llevan su nombre, de manos de aquel que fue coronado legítimamente sobre la piedra de la coronación.

Cuando los hombres del clan se preguntaron por qué su señor levantaba el castillo tan cerca del abismo, Umber los reunió a todos y les señaló una construcción, anterior a los *escotos*¹ y hasta los mismísimos *pictos*². Un pozo profundo, rodeado de menhires megalíticos que señalaban la tumba del primer escocés. Los hombres, asombrados, se asomaron al oscuro y bostezante sepulcro.

Lord Umber nunca reveló la verdadera causa de su elección. Solo su hijo, Darren, aseguró que su padre se proponía custodiar el asentamiento de los antepasados con la propia sangre del clan. Poco antes de su muerte, él mismo, dijo que mientras hubiera un *Migdale* vivo sobre aquellas piedras, ninguno de los antepasados vería turbado su eterno reposo.

Con la llegada de nuevas épocas y vicisitudes, el castillo fue atacado por una hueste de vikingos venidos de Escandinavia. Nunca se sabrá cuantos defensores murieron en el asedio, ni cuantos vikingos sobrevivieron al asalto. Hombres que escribieron crónicas sobre la lucha salvaje, hablan sobre un centenar de vigorosos soldados que, dirigidos por el joven y valeroso infante Elfhin, salvaron

1 Nombre dado por los romanos a una tribu celta que desde Irlanda se asentó en las tierras altas occidentales de Escocia.

2 Confederación de tribus asentadas en el centro y norte de Escocia, desde la época romana hasta el siglo X.

a su gente de las mismísimas garras de la muerte. Los barcos de los vikingos fueron enviados de vuelta a sus tierras, con el mensaje de que Escocia nunca se rendiría ante unos bárbaros barbudos.

Con el tiempo, Elphin, fue nombrado Lord Elphin, el Joven, hasta el fin de sus días. Él, fue el único superviviente de su familia y el encargado de volver a reconstruir todo lo dañado durante la guerra. Tal fue su animosidad que el castillo *Migdale*, a su muerte, lució mucho más esplendoroso que al principio.

Sobre si la fortaleza fue destruida durante otra incursión de los vikingos, mucho más virulenta, o en una guerra civil, nadie lo sabe. Lo único verídico de cuanto resta por contar es que durante varias décadas, el clan *Migdale* emigró fuera de sus propias tierras, viviendo de manera sencilla y honrada, hasta que finalmente un viento favorable les devolvió lo que injustamente les había sido arrebatado. En aquel tiempo, ya no se levantó un castillo, inútil contra la pólvora que lentamente había ido substituyendo al frío metal, sino una inmensa casa de campo, recia, como los propios *Migdale*, y austera, como Escocia...».

Durante los minutos que me pasó traduciendo la crónica, escrita en un inglés enrevesado y memorizando los datos más relevantes, no percibí cómo la tormenta iba creciendo en intensidad, hasta que un trueno sacudió los cimientos del caserón. Miré el reloj de pulsera y comprobé que eran las cuatro de la mañana.

Como sabía que aún me quedaba mucha noche por delante, decidí estudiar también el plano que había en-

contrado junto a la crónica. En él aparecían las más de cuarenta estancias de la mansión, la mayoría de las cuales ya conocía bien.

La primera planta, mostraba la sección rectangular que adoptaba todo el edificio y en ella aparecían las habitaciones más importantes: dos salones de estar, un amplio *hall*, los establos, la bajada a los sótanos y una extraña habitación que aparecía representada sobre el plano. No pude ubicar esta última.

Enarqué las cejas con asombro. Comprobé la segunda planta y de nuevo encontré la misteriosa habitación. Me recliné sobre el respaldo del sofá e hice memoria, ¿sería verdad que existía una habitación oculta entre aquellos muros?...

No soy capaz de recordar a qué altura de la noche me quedé dormido, enroscado como un ovillo sobre unos cojines llenos de polvo, pero lo que sí recuerdo vívidamente es que tuve un sueño muy extraño, que procederé a relatar: me despertaba en la mansión, exactamente donde me había quedado dormido. De pronto, escuchaba un grito terrible...

—¡Mi mujer! —exclamaba empapado en sudor.

Después corría como un demente a través de pasillos, abriendo y cerrando puertas, persiguiendo el interminable grito de pavor que helaba la sangre. Torcía por una escalera y me topaba con una puerta bloqueada por un grueso candado. Los gritos provenían del interior. Furioso, golpeaba una y otra vez aquella formidable barrera sin obtener ningún resultado, después, todo se volvía

confuso mientras unos extraños susurros se apoderaban de mi mente. Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que la tormenta había pasado, porque una suave claridad se filtraba a través de las cortinas.

Espoleado por el mal sabor de boca que me había quedado, subí al dormitorio, donde no encontré nada raro: mi mujer dormía plácidamente, tal y como la había dejado la noche anterior. Me tranquilizó saber que solo había tenido una pesadilla.

Encontrar un quehacer cuando se tiene de todo es complicado, pero aquel día ya lo tenía decidido: daría una vuelta siguiendo el perímetro de la finca. Ensilé uno de los caballos, que ya me conocía bien, y salí del establo al galope.

Algunos claros de sol alumbraron tímidamente los intervalos de mi breve aventura. A lo lejos, en alta mar, la tormenta aún continuaba rugiente y amenazadora. Recorrí algunas colinas bajas, pedregales calizos y rodeé un pequeño bosquecito de abedules y hayas. Me detuve sobre un promontorio e inspiré hondo la brisa marina. Al frente, podía contemplar un vastísimo horizonte de verdes colinas, adornadas tan solo por algún árbol retorcido. Aquellas olas de hierba se iban escalonando una tras otra hasta llegar al acantilado, donde, orgullosa y desafiante, se erigía la mansión.

Hacia el oeste, había un bosque de considerable extensión, el cual se perdía en las tierras altas del noroeste. Hacia el norte y el este, a unos cuantos kilómetros, podía contemplar como la pradera era interrumpida, abruptamente, por el acantilado.

Eran las dos de la tarde cuando decidí regresar.

Durante la comida, le comenté a mi esposa la posibilidad de contratar un servicio doméstico para que nos ayudara con las tareas de la enorme casa. Ella, una y otra vez negó con la cabeza, quería que estuviéramos completamente solos, como lo había estado la señorita Shelley hasta el final de sus días. Por primera vez en todo aquel tiempo, me reveló que aquella había sido una promesa que la anciana la había obligado a mantener, una promesa de familia que ella misma les había hecho a sus antepasados.

Entonces, recordé la crónica que había leído y se la enseñé a mi mujer. Ella no cerró la boca ni un solo momento.

—¿Así que es a eso a lo que se referiría ella cuando me dijo lo de «dos antepasados...»?

—Sí, y lo que es más, mira este plano.

Y deposité el crujiente papel sobre sus manos pálidas. Después, al cabo de un importante espacio de tiempo, señaló el centro del plano y dijo:

—¿Y esta habitación?

—¡Es un misterio que tenemos que desvelar! —exclamé—. La misma observación hice anoche. Ese espacio que queda entre la mampostería creo que se corresponde con el muro por el que trepa la escalera, hasta que llega al tejado más alto.

María permaneció asintiendo durante unos instantes, con la mirada perdida en el papel. Como yo estaba ansioso por resolver el enigma, la cogí de la mano y la arrastré hasta el centro de la propia casa, al pie de la escalera.

Desde allí, accedimos a los dos cuartos que lindaban con el muro al que estaban recibidos los listones de la escalera. En efecto comprobamos, mediante rápidas mediciones, que aquel muro que nosotros creíamos tan grueso, ciertamente podía albergar una habitación en su interior.

Embargados por la emoción y la curiosidad, retiramos un robusto mueble de madera de roble, tan antiguo como lo era el resto del mobiliario. Lo que descubrimos reafirmó nuestras sospechas, el plano estaba en lo cierto.

Tras aquel mueble, que a duras penas logramos arrastrar, apareció lo que parecía ser la arcada rectilínea de una puerta, la cual había sido cegada con grandes bloques de piedra y mortero. María dijo:

—Seguro que la habitación la rellenaron con escombros, para aportar solidez al edificio. Un pilar de más sección que los otros. Algo así como el centro de los grandes rascacielos.

—O quizás era el antiguo torreón de homenaje del castillo. Uno que posiblemente cegaron como tú dices, para apoyar los muros más gruesos sobre su estructura central.

María trajo una pequeña linterna y nos acercamos al espacio que habíamos despejado. Como allí nada nos llamó la atención, decidimos devolver el mueble a su sitio.

Fue entonces, cuando introduje la mano para dar impulso al vetusto armario, cuando sentí aquella ráfaga de aire frío.

— ¡Espera! —exclamé, introduciendo los dedos por una grieta del muro.

—Esta «torre» no es tan maciza como creemos. Mira, toca aquí.

María, dio unos pasos para acercarse e introdujo la mano detrás del mueble, entonces lanzó una exclamación de sorpresa y me miró. La hice a un lado con delicadeza para agacharme hasta el nivel de la grieta.

Puedo afirmar, sin riesgo a equivocarme, que a través de aquella rendija se podía percibir cierta claridad. Luz natural, sin duda.

Con la linterna, examiné el contorno de la grieta hasta que sentí algo que llamó mi atención.

— ¡¿Qué haces Ray?! —exclamó mi esposa cuando me vio golpear la parte baja del muro.

—Esta losa esta suelta —respondí, sintiendo como algo cedía bajo la presión de mi mano.

Pero los dos nos quedamos estupefactos, cuando, después de hurgar en el mortero pasado por la humedad, un rayo de luz se reflejó en la trasera del mueble. No pude resistir el impulso y pegué la cara al suelo.

Al otro lado, había una distancia de unos cuatro metros hasta el siguiente muro. Sobre el suelo había gran cantidad de musgo y cascotes. Una repentina bocanada de aire maloliente, a moho y humedad, me obligó a retirar la cara.

Tan rápido como María se agachó para echar un vistazo, se retiró con el gesto contraído por el asco.

—No parece que haya nada interesante ahí —dijo, poniéndose el dedo bajo la nariz.

Y ciertamente, lo que se veía al otro lado del muro a través del boquete, por el que solo cabía un puño, no era

más que una estancia diáfana que parecía haber estado sellada durante mucho tiempo.

—Probablemente, hace mucho, fue un patio interior que con el tiempo perdió su utilidad —afirmé con rotundidad.

Mi mujer enarcó una ceja y dijo:

—Probablemente sí, o probablemente no, pero de lo que estoy segura es que «eso» —su dedo ahora apuntaba al agujero— no me quitará el sueño. Aquella afirmación me hizo reír. Ella se veía tan severa y racional, que me sentí como un niño pequeño regañado por su madre. Además tenía toda la razón, el descubrimiento nos había decepcionado, así que perdimos el interés y corrimos el mueble hasta su posición original.

Durante mucho tiempo no volvimos a hablar sobre el tema. En su momento, quizás me quedé con ganas de introducir la cabeza para haber visto bien toda la habitación, pero con el tiempo nos fuimos olvidando de aquel descubrimiento hasta el punto de que no pensamos nunca más en ello.

Nuestra vida se había convertido en un sueño, parecía que aquel rincón del planeta nunca había conocido el sufrimiento. Las visitas de nuestros familiares y amigos se sucedían a lo largo del año. Yo los llevaba, a paseo o cabalgando, hasta los lugares más pintorescos de la finca y María les guiaba a través de las diferentes estancias de la mansión. La mayoría de ellos se alegraban mucho por nuestra buena suerte, otros, sin embargo, nos miraban con el brillo mezquino que solo la envidia enciende en las pupilas.

En aquella época, también compramos un automóvil y recorrimos todos los pueblos cercanos. Al atardecer, teníamos la costumbre de pasear por el vértice del acantilado y terminábamos el día riendo a carcajadas frente a la chimenea... en fin, hacíamos todas aquellas cosas que solamente vivimos cuando soñamos... ¡Sueños!

Si nuestra vida era una balsa de aceite, en la que los días que llovía a cántaros solo nos preocupaba alcanzar la mansión sin empaparnos, las noches, al menos para mí, se volvieron tan inquietantes y odiosas que no podía pegar ojo. María, se dio cuenta de que algo no iba bien conmigo.

A partir del tercer día del fallecimiento de la señorita Shelley, casi todas las noches la despertaba revolviéndome en la cama, sudoroso, propiciando puntapiés y haciendo gestos enérgicos hacia la nada. En una ocasión, hasta escuchó cómo realizaba una plegaria. Y su preocupación fue creciendo a lo largo de los meses, puesto que mi estado, en vez de ir remitiendo, tomaba un derrotero cada vez más siniestro.

Yo nunca he sido sonámbulo, pero mi esposa afirma que más de una vez me incorporaba en medio de la noche, con ambas manos situadas en ángulo recto con respecto a mi cuerpo, daba algunas vueltas alrededor de la cama y regresaba.

A pesar de mis esfuerzos por ocultar la verdad de todo el asunto, ese nauseabundo secreto que amenazaba mi mente día y noche, María acabó cayendo presa de un ataque de ansiedad. A petición suya, acudimos a un

psicólogo muy reconocido que se hallaba en una ciudad situada a un par de horas de camino.

Aquel personaje excéntrico, chapado al estilo de los sabios de principios del siglo XX, me examinó detalladamente, me interrogó y realizó multitud de pruebas. Tras su evaluación, el diagnóstico fue el esperado: yo estaba completamente cuerdo.

El psicólogo, no obstante, me alertó que podría deberse a multitud de causas, tales como el repentino cambio de hábitos vitales, la inesperada sorpresa que había recibido al heredar tan inmensa fortuna o innumerables causas que, al menos, a mi mujer la tranquilizaron un poco. Además, me recetó unas pastillas para dormir, así que regresamos a nuestro solitario mundo de verdes praderas y nublados cielos. Habíamos pasado una relajante semana en aquella ciudad.

Pero la tranquilidad le duró poco a mi pobre esposa, aquellos somníferos no alteraron los horribles síntomas que padecía, en absoluto. Y lo cierto es que solo yo comprendía la verdad sobre mi estado, aquel secreto abominable que residía en mi mente, como si esta albergara una vida palpitante y odiosa.

Todas las noches se repetía la misma y escalofriante secuencia: unos susurros ininteligibles que murmuraban en otro idioma, alejado de todo lo que un ser humano puede concebir, ajeno a nuestra lógica e intuición. Ellos me inducían a caminar.

Durante el sueño, bajaba por las escaleras y me dirigía hacia la habitación sellada. Allí dentro había una grieta,

el vacío y oscuro abismo que Lord *Umber* había sellado. Un pozo por el que me precipitaba, por el que caía todas y cada una de las noches... entonces me despertaba súbitamente. Era un bucle sin fin, una grotesca secuencia de acontecimientos que me arrojaban a un lugar frío, oscuro, incomprensible y no terrenal.

La última noche que pasamos en la mansión, mi mujer estaba agotada a causa del insomnio al que yo la sometía con mis continuos padecimientos. Lo que ocurrió entonces todavía me resulta muy confuso: ella afirma que escuchó golpes en la primera planta y que, asustada, alargó el brazo para despertarme, pero yo no estaba allí. Aterrorizada, se acercó hasta la chimenea, cogió el atizador de hierro y bajó las escaleras, lentamente, con todo el vello erizado. Cuando llegó donde los golpes sonaban con más fuerza, sordos y contundentes, abrió la puerta.

Ella aún se descompone cuando me recuerda lo que vio allí: la ventana estaba con las cortinas descorridas, permitiendo la entrada de una luz plateada y lunar que iluminaba mi espalda. Sí, mi espalda, porque allí estaba yo, sonámbulo como todas las noches, sosteniendo un pico de obra entre las manos. Me afanaba derribando el odioso muro que, como cada noche, me obstinaba en atravesar en el mundo de los sueños.

Me despertó el grito estridente de María y puedo añadir que aquel también me salvó la vida.

Ella corrió hacia mí y me abrazó con todas sus fuerzas. Lloraba como una infeliz.

Dejé caer el pico, que solo Dios sabe dónde recogí y la acaricié el cabello mientras contemplaba aquella oquedad con aire estúpido. Aquel lugar ya me era conocido pues había soñado con él. En su centro exacto había un abismo, una grieta tan negra como la pupila de un gato ¡el mismísimo pozo por el que yo caía todas las noches!

María, giró su rostro empapado en dirección al enorme socavón de la pared y percibió todo su poder, el mismo que ejercía tan siniestro influjo sobre mi mente. Lo sé porque un violento temblor sacudió todo su cuerpo. Y es que aquel lugar rezumaba podredumbre, antigüedad y sobre todo, maldad.

Ella me sujetó con fuerza, tratando de mantenerme a su lado

—No me gusta ese sitio —sollozó, señalando al oscuro vacío.

Yo susurré unas palabras ininteligibles y ella me zanzanó para que recuperara el juicio.

—Pro... prohibido. Es un lugar prohibido —susurré.

Mi mujer sintió tanto temor al escuchar lo que dije, que sus dientes castañetearon mientras se retorció en una violenta convulsión.

La abracé con todas mis fuerzas para tranquilizarla. Lentamente, su piel fue recuperando el calor.

—¡Vámonos! —exclamé.

—Sí, por favor —fue cuanto respondió y regresamos al dormitorio.

Aquella noche no dormimos. Ella solo me miraba con preocupación, a la tenue y oscilante luz de una vela. Allí

abrazados, la conté toda la verdad sobre lo que me estaba pasando.

Cuando terminé, María cerró los ojos y me dijo:

—No podemos vivir aquí, Ray. Este lugar esta maldito. Quizás el día que rompimos aquel pedazo de muro, también rompimos el sello que nos protegía.

Pasé mi mano sobre su frente y respondí

—No sé qué es lo que vive en las profundidades de esa grieta, pero te aseguro que lleva ahí cientos de miles de años. Ellos me lo han dicho.

Sentí como María trataba de separarse de mí como si estuviera loco, pero la sujeté firmemente, mirándola directamente a los ojos, demostrándole que era dueño de mis palabras.

—Ellos no son nada concebido por el hombre, nada gestado en la propia Tierra. Son habitantes de otro mundo. Llegaron en otra época, experimentaron un apogeo y cayeron... cayeron...

María me miró fijamente y supe que era el momento de revelarle lo que me hubiera deparado aquella noche, si ella no se hubiera interpuesto entre el muro y yo.

—¿Quieres saber qué es lo que hay ahí abajo? —pregunté, mohíno como un condenado a muerte haciendo su última petición.

Ella asintió despacio, pegándose a mí para protegerme del horror que mi mente invocaba. Mi voz sonó automática y cavernosa.

—Caigo... caigo por un abismo, oscuro como la noche. Durante el eterno descenso extendiendo los brazos

como un pájaro pero no encuentro paredes. Allí abajo no sopla la brisa, ni siquiera mientras caigo. Al cabo de mucho tiempo me estrello contra una masa líquida. Mi cuerpo se introduce en el agua, fría y estática, es una laguna. Tan grande es la profundidad a la que me sumerjo que tengo que dar muchas brazadas antes de dar una bocanada de aire. Alcanzo la superficie, casi sin resuello. Aún retumba el eco de la caída y por la sensación acústica comprendo que me hallo en una cavidad de dimensiones ciclópeas. Una cámara situada a cientos de metros bajo el acantilado, donde todo es oscuridad y tinieblas. Cada chapoteo que provoco al mantenerme a flote es repetido al cabo de un rato en mil sitios diferentes, es una horrible sinfonía de reverberaciones. Entonces algo roza mi pierna... —en aquel instante tuve que detenerme para tragar saliva. Mi mujer me abrazó como si fuera a perderme para siempre. Continué.

»Algo escamoso, áspero por un lado y suave por el otro, me roza con delicadeza. Al principio creo que lo he imaginado, pero no, es real. El agua comienza a revolverse a mí alrededor mientras unos chillidos muy agudos me hieren los oídos, produciéndome una dolorosa dentera. Entonces, uno de esos... ¿tentáculos?, ¿apéndices?, ¿pedúnculos?... no sé, una de esas cosas comienza a tantearme la pierna. Su extremo posee tres apéndices, probablemente separados por una membrana interdigital... su tacto es frío, más frío que el agua que me rodea por todas partes y que lentamente me engulle... ¡más que frío!... es malicioso. ¡Grito! y el sonido es amplificado y reflejado

en cientos de odiosas replicas. Los apéndices se retiran de mi cuerpo, contraídos por un espasmo. Un grupo de chillidos me responde desde el agua, oscura, viviente... y ahora no siento un solo apéndice tridáctilo, sino cinco de golpe. Tirito de terror. La caricia sobre la superficie de mi piel no se produce por una voluntad animal, instintiva, sino escrutadora e inteligente, racional. Una inteligencia muy superior a la mía que está tratando de determinar mi naturaleza, mi forma... ¡quiere saber qué es lo que soy!... me revuelvo, chapoteo, chilló una y otra vez como un cervatillo asustado, pero mis ojos son inútiles pues allí no existe la luz. Aquellos apéndices se multiplican, ansían estudiarme y asimilar todo lo posible sobre mí, el intruso. Lentamente me arrastran hacia el fondo. Pataleo, pero de nada sirve pues a cada movimiento mío, más apéndices me atrapan y acarician. No puedo más... no puedo... me hundo. Me sumerjo y no puedo alcanzar la superficie. Ahora tantean mi rostro, mi torso... me atrapan... me hunden... —mis palabras terminaron en un quejido.

Mientras había estado relatando la historia nada se había oído en la casa, salvo el rítmico tic tac del carillón del salón lateral. María me acarició, me besó la frente empapada y dijo:

—Mañana nos volvemos a España, sin falta. Vendemos esta mansión y con ella el horror que oculta. Estoy segura de que mucha gente querrá comprarla...

Un sonido áspero y reptante nos llegó desde el pasillo cercano. Mi piel se erizó como nunca antes.

Los dos palidecimos y nos encogimos sobre el col-

chón. Algo se arrastraba muy lentamente a nuestro alrededor, tanteando y escudriñando por cada rincón de la alcoba.

Solo cuando nuestros ojos físicos contemplaron a la repugnante figura, al contraluz de las cortinas, fue cuando realmente comprendimos que aquella cosa buscaba algo, algo que solamente yo conocía en el fondo de mi alma. Algo que aquella mente fría, lógica e incomprensible, había hallado en su onírica sinapsis con la mía, cálida y de corte emocional.

Aquel ser, o lo que realmente fuera, estaba buscando mi calor. Aquella misteriosa y desconocida fuente de energía que había percibido en sueños. La curiosidad, esa fuerza indomable que nos mueve a todos los seres inteligentes, era lo único que lo guiaba a través de la oscuridad con la única finalidad de arrastrarme hacia su abominable madriguera.

